

Arnau Gutiérrez Camps

*Subdirector general de Acción Internacional,
Redes y Organismos Internacionales, Ayuntamiento de Madrid*

Las redes de ciudades son un elemento esencial para la acción internacional de las ciudades. Hay varias formas de clasificar a las redes: se pueden diferenciar por el tipo de actores que las forman, por su alcance geográfico, por las temáticas que trabajan, o por ser de carácter generalista.

En el caso de Madrid, la ciudad participa en la principal red mundial Ciudades y Gobiernos Locales Unidos (CGLU) y ha acogido varias reuniones de sus órganos de gobierno. La creación de CGLU en el año 2004 –a partir de la fusión de varias redes– fue uno de los principales resultados de Habitat II (celebrado en Estambul en 1996). Su aparición nos ha llevado a hablar del inicio de una fase de institucionalización en la acción internacional de ciudades y la culminación de esta fase pudiera ser la consecución de un asiento en la mesa global, es decir, un lugar específico y un reconocimiento formal de la participación de las ciudades en el sistema de Naciones Unidas (Salmerón, 2016).

La participación de Madrid en CGLU se realiza a través de Metropolis, red de grandes ciudades de la que solo pueden formar parte ciudades de más de 1 millón de habitantes. Madrid también participa activamente en redes de carácter regional. En este punto cabe destacar la Unión de Ciudades Capitales de Iberoamérica, red internacional de ciudades cuyo objetivo es, en sus propias palabras, constituir un modelo de convivencia pacífica y de desarrollo solidario, así como la consolidación de una conciencia que permita el mejor entendimiento y la cooperación entre los pueblos del ámbito iberoamericano. Por otro lado, también la ciudad forma parte de Eurocities, una destacada red regional de ciudades, en este caso de ámbito europeo.

En cuanto a las redes temáticas, destaca C40, la red de ciudades por el clima, que tiene claro que las urbes «van a dar forma a nuestro futuro». Un ejemplo de ello es la tendencia a la limitación de automóviles diésel; sin tener competencias específicas en la materia, la prohibición a los coches más contaminantes en algunas de las principales ciudades de Europa está teniendo consecuencias directas sobre la oferta del mercado automovilístico (Teffer, 2018).

El rol de nuevas plataformas como C40 o 100 Ciudades Resilientes es el de focalizar la atención sobre temas concretos y su principal contribución al ecosistema tradicional de las redes de ciudades es fomentar la especialización en ámbitos como la lucha contra el cambio climático. Este tipo de redes han conseguido atraer a nuevos actores (organizaciones de la sociedad civil y empresas). Sin embargo, esto no es una garantía de éxito, especialmente si tenemos en cuenta la multiplicación de actores.

Desde agencias de Naciones Unidas, organizaciones filantrópicas y universidades se han desarrollado iniciativas propias en estudios urbanos. Entre ellas se pueden destacar el Programa Ciudades Globales de CIDOB, el Oxford Programme for the Future of Cities, la Bloomberg Harvard City Leadership Initiative, o el City Leadership Laboratory de la University College London, que colabora activamente con la Organización Mundial de la Salud. Hay que notar, sin embargo, que este tipo de iniciativas supone tanto riesgos como oportunidades. Los esfuerzos son positivos en la medida que contribuyen a analizar un fenómeno de alcance global, pero debemos continuar trabajando para fomentar la complementariedad entre las redes tradicionales y las nuevas plataformas. Este ecosistema de redes de ciudades podría calificarse como «darwinista»; es decir, las redes más activas, fuertes y útiles van a crecer y ganar protagonismo, mientras que las que no sean útiles tenderán a perder vigor y finalmente desaparecer.

El entramado de redes internacionales conforma un ecosistema en permanente evolución, si bien no se desarrolla al ritmo marcado por las ciudades. Hay otros actores que juegan un papel fundamental en dicho ecosistema; desde estados y gobiernos centrales (con dinámicas propias de *soft diplomacy*) hasta empresas con una motivación eminentemente comercial. A ello hay que añadir el importante número de *think tanks*, centros de estudio y consorcios público-privados cuyos objetivos y motivaciones no siempre son transparentes.

Así pues, es importante diferenciar los objetivos de las distintas redes y plataformas. La principal misión de los gobiernos locales es mejorar las condiciones de vida de sus habitantes. Cuando varias ciudades se asocian para crear una red internacional de carácter público, la principal finalidad es generar impactos positivos en sus propios territorios. Por contra, algunas de estas nuevas plataformas están lideradas por fundaciones y empresas privadas. En consecuencia, es importante tener presente cuál es la razón de ser de cada uno de estos nuevos actores en la arena internacional.

A pesar de las sombras que proyectan estas redes internacionales de ciudades, el valor añadido del ecosistema que conforman es indudable. Como han señalado varios autores, el trabajo en red permite fomentar el intercambio y aprendizaje mutuo, estructurar grupos de presión, insertar a los miembros en espacios de actuación superiores, generar economías de escala y obtener funciones de liderazgo.

Sin embargo, podría decirse que ese valor añadido es inversamente proporcional al tamaño y capacidad de las ciudades. Es decir, el beneficio para ciudades pequeñas y medianas es mayor que para las grandes metrópolis en la medida que les permite obtener resultados que serían

inalcanzables por sí mismas. De ello debemos extraer algunas lecciones para grandes ciudades:

- Ciudades como Madrid pueden y deben participar en el ecosistema internacional al generar impactos positivos de carácter directo e indirecto, atendiendo a la composición y objetivos de las redes internacionales que lo conforman.
- La generación de economías de escala y la obtención de funciones de liderazgo afecta en menor medida a las grandes ciudades que a las pequeñas y medianas.
- Las ciudades tienen diversos tipos de *poderes* (o competencias) que deben utilizar para alinear la estrategia internacional con el desempeño de sus funciones. Los gobiernos locales tienen poder sobre temas, para realizar acciones, con otras instituciones y poder simbólico.
- Las metrópolis deben ser especialmente selectivas con su participación en el ecosistema internacional de redes; los beneficios que quieren obtener deben estar alineados con su propia agenda.

Es un hecho que las ciudades son reconocidas como un actor internacional. A pesar de ello, todavía existen pocos estudios sobre las redes de ciudades, sus estructuras de gobernanza y sus objetivos. El potencial de las redes de ciudades debe avanzar hacia enfoques que integren la dimensión local y la internacional (Acuto *et al.*, 2017).

A modo de conclusión, para ciudades como Madrid es necesario realizar un trabajo continuo de adaptación, es decir, mantener lógicas de continuidad sin dejar de revisar permanentemente el rumbo internacional. Para ello debemos huir de las modas, reconociendo las iniciativas de marcado carácter empresarial y avanzando en la creación de espacios institucionales a través de los cuales las ciudades puedan trasladar sus agendas al ecosistema internacional.

Referencias bibliográficas

Acuto, M., Morissette, M. y Tsouros, A. «City Diplomacy: Towards More Strategic Networking? Learning with WHO Healthy Cities». *Global Policy*, vol. 8, n.º 1 (2017).

Salmerón, F. *Un lugar en la mesa global: los gobiernos locales como tomadores de decisiones en la agenda mundial*. Proyecto AL-LAS, Gobierno de la Ciudad de México, 2016.

Teffer, P. «Paris, Brussels, Madrid challenge new car emission limits». *EU Observer* (17.05.2018) (en línea) [Fecha de consulta 17.03.2019] <https://euobserver.com/environment/141838>

